



CAPÍTULO VI

De cómo las apariencias de las niñas «cursis»
suelen comprometer á resultados serios

HACÍA sólo dos meses que había llegado á México, procedente de los Estados Unidos y Europa, un joven que, después de haber concluído su educación en uno de los mejores colegios de Alemania, viajaba para instruirse y para conocer del mundo todo lo más que su considerable fortuna se lo permitiera. Llevaba cuatro años de estar viajando, y la República Mexicana era uno de los últimos puntos de su itinerario, antes

de regresar á Venezuela, su país natal. Enrique Pérez Soto, que tal era el nombre de nuestro nuevo personaje, estaba familiarizado con el lujo y con la hermosura; era hombre de muy buena sociedad, observador de la etiqueta y de todas las fórmulas sociales, y en fuerza de lo mucho que había visto, siendo aún joven, había acabado por ser poco impresionable. Le sucedía lo que á todos los *touristes*: iba buscando siempre la última impresión.

Y sin embargo, en la última carta que había escrito á su familia, y después de una larga vacilación, había optado por prolongar su estancia en México, por tiempo mucho más largo del calculado en su plan de viaje por América.

Es que Enrique se sentía por la primera vez en su vida seria y positivamente enamorado; y por más que llevara cerca de dos meses de estarse burlando de sí mismo, no podía menos de conve-

nir, en sus ratos de profunda reflexión, en que la *mexicana*, como le llamaba á su desconocida, porque no había podido averiguar su nombre, lo había impresionado profundamente.

Enrique Pérez, sin embargo, se complacía en lo que él llamaba *hacer el oso á la mexicana*, y no faltaba al Zócalo los domingos para verla pasar tres ó cuatro veces en ese paseo de exploración que las señoras han dado en hacer, siguiendo todas las curvas del jardín entre dos filas de pollos y barbudos, apostados allí con la deliberada intención de escoger, ó simplemente de formarse el cargo respecto á los escogibles.

También en las tardes Enrique encontraba á *su mexicana* en el paseo, sentada generalmente en una de las bancas de la Alameda, frente á Corpus Christi.

—Me parece, decía una tarde á Enrique uno de sus amigos, que te empeñas demasiado en contemplar esa beldad!

—Es cierto. Ya me he hecho á mí

mismo la propia observación; pero te confieso que esa mujer me impresiona vivamente. Sobre todo, sus ojos me encantan.

—Llevas dos meses de estármelo diciendo, y todavía no sabes quién es.

—Mira; me sucede una cosa. No quiero saberlo.

—Es extraño, ¿y por qué?

—Por la misma razón que no veo mis billetes de lotería, sino lo más tarde posible. Quiero conservar la ilusión.

—Si es así, no corres peligro. Pero como no me gustaría que te enamoras, voy á tomar informes. Acaso de ellos resulte que te desencantes.

—No hagas tal. Déjame adorar á mi mexicana desde lejos. Mírala: allí viene. ¡Mira qué talle! ¡mira qué pie! ¡mira qué garbo! ¡Parece una reina!

A este punto, la mexicana pasaba rozando el brazo de Enrique. Ella lo reconocía en todas partes, sabía que era su oso, aunque inofensivo, y ya tenía

establecida desde hacía tiempo la costumbre de prodigarle una sonrisa tan imperceptible, que sólo la vista de Enrique era capaz de apreciar la contracción del labio superior; contracción que comunicaba á aquel enamorado una especie de calofrío que le gustaba mucho.

Apenas había pasado la mexicana, Enrique detuvo á su amigo, y lo obligó á contramarchar para seguir las huellas de la perseguida.

—¿Cuál es?

—La que se sonrió. ¿No lo observaste?

—No; yo ví á la otra probablemente; á la que no se sonrió. ¿Quién es?

—Entiendo que es su hermana.

—Pues no se parece. Y desde aquí deben empezar tus temores.

—¿Por qué?

—Te lo diré. Desconfía siempre de una familia cuyos hermanos no se parecen.

—¡Hombre! ¡hombre! ya empiezas.

—Eso es claro. Luego se encuentra

uno familias por esos mundos de Dios, en las que van resultando varios papás, varias mamás, y...

—Mira, interrumpió Enrique. Se van á sentar, y en la banca que sigue hay dos asientos; vamos á tomarlos.

Apresuraron el paso los dos amigos, y pasando por delante de las dos hermanas, que ya se habían sentado, se apoderaron de la vecina banca.

—Buenas tardes, dijo la persona que la ocupaba.

—Buenas tardes, contestó el amigo de Enrique.

—¿Qué tal? ¿qué se hace?

—Nada, ya usted lo ve, tomando el fresco.

—Y viendo á las muchachas.

—Naturalmente.

—Como que usted, amigo mío, es voto en la materia.

—Mira, Enrique; te presento al señor Jiménez, gran conocedor de la sociedad, hombre muy relacionado.

—Servidor de usted, dijo Jiménez.

—Enrique Pérez Soto, contestó Enrique; mucho gusto...

—El señor Jiménez, continuó el amigo, conoce á todo México.

—¿Ha nacido usted en la capital? preguntó Enrique.

—Sí, señor.

—Vaya, continuó el amigo. Apuesto á que conoce á nuestras vecinas.

—¿Qué vecinas? preguntó Jiménez.

—Las de nuestra derecha.

—¡Ah! esas dos jóvenes...

—Sí; las de los sombreros blancos.

—¡Ah! sí, por supuesto.

—¿Quiénes son?

—Una, se llama Leonor, y la otra, Gumesinda.

—¿Ya lo ves? dijo á Enrique su amigo. Era materialmente imposible que el señor Jiménez no las conociera. Vamos á ver, ¿qué otros datos puede usted ministrarnos, si es que no somos indiscretos?...

—No tengo inconveniente en decir á ustedes lo que sepa acerca de ellas.

—Bien; pues si usted nos hace favor... Porque... seamos francos. Mi amigo Enrique está perdidamente enamorado de una de ellas.

—¿De cuál? se apresuró á preguntar Jiménez.

—De la más alta, dijo Enrique, como pidiendo aprobación por haberla elegido.

—Mucho me alegro, dijo Jiménez.

—¡Ah! ¿eso quiere decir que?... agregó el amigo maliciosamente.

—Sí; ¿para qué lo he de negar? Yo tengo algo con Gumesinda.

—Desde luego parecen personas acomodadas, dijo Enrique.

—No creo que sean muy ricas, contestó Jiménez.

—Viven de...

—Las sostiene su hermano, el pagador Machuca.

—¡Ah! ¡conque ellas son Machucas!

—Oye, chico, le dijo á Enrique su

amigo. Desde luego el apellido no es muy poético. El Petrarca no hubiera escrito un solo soneto á Laura si ella se hubiese apellidado Machuca. Confórmate con llamarle Leonor, que eso es otra cosa, y no te vayas á empeñar por eso en cambiarle su apellido por el tuyo, que está más eufónico.

Enrique, en lugar de contestar, se mordió los labios.

—Vamos, continuó el amigo de Enrique, dirigiéndose á Jiménez, y ¿á qué altura se encuentra usted en sus amores?

—Soy simplemente oso, contestó con desconsuelo Jiménez; pero tengo fundadas esperanzas de que esa situación cambiará favorablemente el sábado próximo.

—¡Cómo!

—Sí, estoy convidado á un baile adonde van las Machucas.

—¡Dichoso mortal! exclamó Enrique juntando las manos.

—Pues si usted gusta...

—¿De qué?

—De ir al baile.

—¡Yo... de ir!... pero... ¿usted puede?

—Por de contado. Estoy facultado para hacer invitación á mis amigos y...

—Me haría usted el hombre más feliz del mundo.

—Yo los llevo á ustedes.

—Aceptado, ¿dónde nos vemos? preguntó Enrique.

—Yo pasaré por ustedes á...

—Hotel de San Carlos, dijeron á una voz Enrique y su amigo.

—El sábado á las nueve de la noche.

—Convenido. Un millón de gracias, señor Jiménez. Iremos al baile y... por supuesto, encontraremos quien nos presente á las...

—A las Machucas, agregó el amigo de Enrique.

—No tragues camote, y acostúmbrate cuanto antes al espantoso apellido de tu amor. ¡Machuca! Eso es contundente, y desde luego trae imágenes no muy poé-

ticas, porque entre los verbos que implican destrucción, el verbo machucar tiene algo de irónico y de ridículo; y cuando dicen *machucado*, te viene sin querer á las mientes la imagen de un sombrero sobre el que se sentó alguien, y cuando dices *machuca*, te figuras á la tercera persona del singular haciendo algo inconveniente.

—¡No seas cruel, amigo mío! imploró Enrique, y por más que te rías, el señor Jiménez y yo tenemos á mucha honra considerarnos enteramente *machucados*.

—¡*Machucados!* exclamó Jiménez, machucados; esa es la palabra.

—Y por supuesto, agregó Enrique en tono confidencial, nos presentará... y bailaremos con ella, y...

—Naturalmente, dijo Jiménez. Yo estoy decidido á hacerle mi declaración en toda forma, sólo que...

—¿Qué? preguntó Enrique.

—Sólo que yo tengo mi táctica.

Nunca hago una declaración en las primeras danzas.

—¿No?

—Espero que hayan circulado las copitas, y como la chica sepa *jalar*...

—¡Hombre! exclamó el amigo de Enrique; el alcohol es un excelente auxiliar de los enamorados. Esperan el sí cuando la dama de sus pensamientos está á *media bolina*.

—De todo te burlas, dijo Enrique picado, y es que como las Machucas no són más que dos, te has quedado sin parte.

—Y en aptitud para divertirme, viéndolos á ustedes emprender esa conquista.

—Permítame usted. Las Machucas son tres.

—¡Soberbio, chico, soberbio! dijo Enrique. Tú puedes emprenderla con la tercera, aunque se llama Machuca.

—Y es la más bonita, añadió Jiménez.

—Conque ¿qué dices?

—Hombre, no me parece del todo malo. En todo caso seremos tres *machucados*.

—Sí, sí, los tres... Pero ya se van; ya se pararon; aquí vienen.

Efectivamente, Leonor y Gumesinda pasaban frente á aquellos tres jóvenes, volviendo hacia ellos la cara con mucha naturalidad, y Leonor volvió á sonreír á Enrique como para despedirse.

Enrique se quitó el sombrero saludando en toda forma.

Las Machucas saludaron con una inclinación de cabeza.

—¡Magnífico! exclamó Jiménez, frotándose las manos; han picado y este saludo inaugura las amistades. Vamos, estoy impaciente porque llegue el sábado.

—Permítame usted, observó el amigo de Enrique, no por impaciencia vaya usted á declararse antes de las copitas susodichas.

—La táctica de usted es muy buena, pero yo no quisiera deber el triunfo á la influencia del vino; prefiero...

—¡Sí, ya! Una conquista limpia, una victoria de valiente.

—Es más satisfactorio. Además, bien pudiera ser que nos encontráramos, como es muy probable, conque esas señoritas no saben beber...

—¡Qué dice usted! exclamó Jiménez. Tengo mis datos. Me han informado, y lo sé de buena fuente, que...

—¿Qué? preguntaron á duo los dos amigos deteniendo el paso y poniendo el oído más cerca de Jiménez.

—Pues, señor, que... lo que es Leonor...

—¿Qué, hombre, qué?

—Leonor *les entra recio á las copitas*.

—¡Borracha! tá, tá, tá, dijo el amigo de Enrique, riéndose estrepitosamente.

No bien se hubo separado Enrique de sus amigos, sintió, como todos los enamorados, la necesidad de estar solo.

Esta necesidad es la que entraña la dualidad del amor. Se quiere estar ó con el objeto amado ó consigo mismo, eliminando toda influencia extraña.

Enrique había recogido en aquella tarde dos sonrisas, y tras de las sonrisas un saludo, que eran como los tres primeros albos de un día lleno de luz y de poesía, día que representa en la imaginación de los amantes el punto culminante de la ilusión, porque sean cuales fueren los goces posteriores nada es comparable á ese primer instante.

Enrique lo sentía así, y no cabía la felicidad dentro de su pecho. Necesitaba de la sombra y de la soledad para saborearla. Estaba en esos momentos que engendran héroes de amor; porque ya había cerrado los ojos á toda objeción, á toda dificultad, á todo lo que pudiera desviarlo de su senda. Enrique se sentía capaz de todo: hubiera aceptado el mayor de los sacrificios que se le propusieran, se hubiera sometido á

la más dura de las pruebas, hubiera hecho, en fin, proezas de valor y de arrojo si sólo por medio de ellas hubiera de llegar al objeto de sus deseos.

No obstante esta exaltación, revolaban en el campo de su fantasía las ideas que su amigo había emitido para ridiculizar á las Machucas, pues ya se sabe que el enemigo capital del amor es el ridículo.

—¡Machuca! repetía Ricardo. ¡Qué lástima que se apellide Machuca! Pero bien visto, el apellido no hace al caso. En cambio, el nombre es poético. ¡Leonor! ¡oh! ¡Leonor! Y eso otro que dijo Jiménez, de que las Machucas son afectas al trago... ¡Qué horror! Pero eso ha de ser una exageración de Jiménez. Y lo que ha de haber de cierto, es que Leonor es afecta á probar los buenos vinos, á gozar de los placeres de la mesa. ¡Eso! eso ha de ser; lo cual viene más bien á ser una recomendación. Sí; decididamente. ¡Es imposible

que una mujer tan linda, que tiene un aire tan distinguido, y tanto garbo y tanto... fuera á tener un defecto tan repugnante como la embriaguez! No. ¡Qué disparate! Jiménez, como todos, es afecto á hablar mal de las gentes. Sobre todo, y sea lo que fuere, yo estoy profundamente enamorado de Leonor, á pesar mío, es cierto, pero se me figura que no podré vivir sin ella. ¡Qué vamos á hacer! Se me ha llegado ya mi vez y... ¡adelante! La felicidad de toda mi vida está identificada con esta palabra: ¡Leonor! y de aquí no hay quien me quite. A propósito de lo cual, me ocurre la idea de escribirle una carta; una carta que reciba hoy, y el sábado en el baile... eso es... el sábado en el baile, en la primera pieza que bailemos juntos... ¡oh dicha! Ya me figuro que me dice el *sí*, y que nos apretamos las manos, y que le aprieto la cintura, y que... me la como con los ojos... y que... en fin, ¡la mar! ¡el amor

en todo el auge de su preponderancia avasallando dos corazones destinados á palpar juntos eternamente!

Enrique se frotó las manos, se irguió, se vió al espejo, accionó como un loco durante algunos minutos, paseándose por su cuarto, y al fin fué á dejarse caer sobre la silla que estaba frente á su mesa de escribir.

«Leonor,» escribió en un papel de esquila. ¿Leonor?... esa es una llaneza. Yo le llamaré Leonor cuando... pero en la primera carta...

«Señorita:» escribió en un segundo pliego.

«No me pude contener esta tarde, y »la he saludado á usted aún á despecho »de parecerle atrevido; pero...»—¿por qué? ¿qué disculpa?... ¡ah! ¡ya me ocurrió!—«pero usted lo sabe, usted »sabe cuánto tiempo há que la conozco, »que la sigo, que la veo, que la admiro »y que... y que la amo.»

—Esta es una buena introducción;

sobre todo natural... realista, como se dice ahora. Después de leer lo anterior, no hay más remedio que seguir leyendo.

«Y no crea usted, señorita, que yo »esté puramente alucinado con su hermosura. Al principio podría yo mismo »figurármelo; pero hoy, cuando me »cuido á escribir á usted estas líneas, es »porque tengo la convicción más profunda de que he llegado á amar con la »pasión más verdadera, con el amor »más intenso y con la resolución más »inquebrantable, de unir mi suerte á la »de usted para siempre. Soy rico, soy »libre y soy caballero. El sábado, en el »baile del coronel, me dirá usted si »estoy destinado á ser el más feliz ó el »más desgraciado de los hombres.»

—¡Magnífico! exclamó Enrique, cerrando la carta que se puso en el bolsillo; tomó su sombrero y salió de su cuarto.

Mientras Enrique va á buscar la manera de hacer llegar su carta á manos

de Leonor, echaremos una rápida ojeada sobre los personajes, que á la presente, están haciendo sus preparativos para concurrir al baile de Saldaña.

No había, por supuesto, un solo conocido de las Machucas, que directa, indirecta, ó subrepticamente no estuviera ya investido del carácter de convidado. La llaneza y el *sans façon* de aquellas invitaciones, á contar con algunos días más, hubiera determinado una irrupción formidable á la casa del coronel; porque cada cual ponía en práctica el conocido adagio de «un convidado convidado á cien.»

Las niñas de la Alberca Pane, con sus tres novios y dos aspirantes. Enriqueta, la de don Manuel, con su vestido nuevo, sus botitas flamantes, y su colegial alegre, que, mediante el préstamo forzoso de una levita negra, iba á estar casi elegante. Saldaña, con *la madre de sus criaturitas*, y el amigo que la iba á servir de acompañante; el curial y su

familia, los cuatro pollos que jugaban al billar en Iturbide, el dependiente de Lohse, Jiménez, Enrique y su amigo, y por fin, Venturita y Lola, á quienes había llegado el convite del baile, nadie sabía por dónde, pero á cuyo baile iría la familia, porque el jefe de ella tenía sus dares y tomares con Saldaña; sin contar con que el coronel que daba el baile había convidado al general y al mayor, y á dos ó tres de los oficiales francos que le parecieron en el cuerpo los de mejor talla y mejores maneras.

Tenemos también á Camacho y á la suya, la primera en quien pensó Saldaña; al general que tomaba chocolate en la Concordia, al jefe de la oficina á quien Saldaña era tan útil, á Peña y á otros varios, incluso don Quintín, á quien obligó Saldaña á echar una cana al aire, y un vaso del Jerez seco que lo había deleitado.

La música estaba vista y contratada. Consistía en un gran contrabajo, que

con trabajo cargaba el que lo rascaba, y con más trabajo era introducido bajo las colgaduras de las puertas hasta el rincón que se le destinaba en la fiesta; al contrabajo seguían tres latones; un bajo, un trombón, y un corneta pistón, que era el que iba á hacer el gasto; por lo menos el que tenía la mejor parte en aturdir al auditorio, y por último, dos violines y una flauta.

Desde el viernes Saldaña se ocupaba, asistido por doña Bartola, por el coronel y por Matilde, de poner velas en los candiles y en los candelabros, y la casa empezaba á llenarse de trastos y cajones.

Doña Bartolita había recibido ya de la modista el vestido que iba á ponerse la noche del baile. Era enteramente de su elección, aunque la confección había sido obra de la modista.

Era de raso y de un color indefinible, entre guinda y café, tirando á óxido de fierro, era un color que no pertenecía á

los rojos, pero descendía de ellos; tenía el suficiente amarillo para no parecer ni rojo, ni morado, y se inclinaba de una manera incierta hacia los verdes hojarasca. De cualquier manera que sea, nadie podría decir cuál era el color del vestido de doña Bartola. La modista, la contemplar aquel color tan neutro y tan imposible, no encontró en el comercio adorno que le casara, y tuvo que recurrir á esas cuentas esmaltadas de mil colores, que juntas forman una algarrabía de luces indescriptibles. La modista sabía que la señora que mandaba hacer el vestido se llamaba Bartola, y comprendió que los abalorios le iban á venir á las mil maravillas. En efecto, aquel vestido, que pesaba diez libras, era la irradiación de todos los colores imaginables; brillaba como un candil, y asumía las tintas más raras y los matices más incomprensibles.

Saldaña y el marido de doña Bartola se quedaron estupefactos, y convinieron

en que la señora iba á estar deslumbradora, porque el adorno parecía de diamantes.

En cambio, la mamá de las niñas que se bañaban en la Alberca Pane, había tenido que enviar á la criada *á la sucursal*, como ella decía, para completar algunos gastos menores de sus hijas, porque sólo á costa de ese género de sacrificios podían aquellas niñas exhibirse en días terribles.

